

¡ALARMA!

Por tejas y chimeneas,
entre veletas y agujas,
por aceras y calzadas,
por callejuelas obscuras,
corre la Alarma de noche,
corre en un grito, desnuda.
Ojos de fuego y melena,
al viento entregada, aulla.

Asoma por las esquinas
en rauda indecible fuga,
con su grito llama al pecho,
que adormecido no escucha;
con su insistente lamento
en desvelo, el sueño muda.
Los lechos abren su flor,
su calor de lana o pluma,
los brazos de los amantes
reacios, se desanudan.
Pesados cuerpos de niños,
arrancados de las cunas,
estremecidos, se acogen
al seno que los refugia.
Las escaleras prolongan,
bajo las plantas desnudas,
su espiral interminable,
hacia las cuevas profundas.
Y el lamento de la Alarma,
deidad de la noche obscura,
ya se aproxima o se aleja,
ya se pierde o se dibuja,
ya parece que su boca
con su voz el aire inunda,
y agigantada habla al alma
de la inaudita aventura;
una batalla de arcángeles
se libra bajo la luna.

Sus alas, rojas o negras,
veloces el cielo surcan
con maléficos destellos,
con claras estelus púras.
Sus fragorosos alientos
con ira pasando zumban.
Lanzas de fuego se arrojan,
que encendidas se entrecru-

zan;
meteoros de la tierra
brotan, siguiendo su ruta.

Y las aves de la noche,
sus pupilas desmesuran
mirando el sin par combate
de férrea y rígida pluma.
Los murciélagos que habitan
las viejas arquitecturas,
no osan alzar el vuelo
de los nichos o las urnas.
Perros negros, gatos negros,
cola y lomo despeluznan.
Y en el palmur, insomne,
el ave amorosa, arrulla
por recobrar de su nido
la cálida compostura.



Prende la llama en un cuerpo
que inflamado se derrumba,
huye la negra bandada
a tierras que llama suyas.
Y aquella, de la Victoria,
faz melancólica y pura,
más alta que las estrellas
y más clara se columbra.
Alas serenas, triunfantes,
con pausa el espacio cruzan
y van a posar su vuelo
en la propicia llanura.
La Alarma traga su grito
y atenta su puesto ocupa
con el oído en la antena,
que, en lo alto, el aire escu-

cha.
Sabido que ella vigila,
la ciudad duerme segura.

Rosa CHACEL

El cuartel de Ca- ballería

Desde su cuartel adusto,
en las riberas del Turia,
un oficial renegado
estas bravatas sufría:
"Valencia, huelo tus campos;

El Monio Azul

AÑO I

Madrid, jueves 15 de octubre de 1936

NUM. 8

Las enseñanzas de una derrota

Cómo Napoleón tomó Madrid

El movimiento del 2 de mayo había sido aplastado en Madrid en pocas horas por las tropas francesas. Pero la insurrección popular triunfaba en provincias e inflige al ejército francés la derrota de Bailén (19-21 de junio). José Bonaparte abandona Madrid, se repliega a Miranda de Duero y pide refuerzos a Napoleón, que se va a poner al frente de su ejército.

Napoleón emprende desde Burgos, el 23 de noviembre de 1808, la marcha sobre Madrid. El personalmente dirige la columna que ha de atravesar Somosierra. Para defender el paso, el mariscal de campo Benito de San Juan, inspector general de Caballería, tenía unos ocho o nueve mil milicianos, escalonados sobre los flancos de la montaña y provistos de cuatro piezas de artillería y de una batería en lo alto protegida por parapetos. Los regimientos franceses—era un día nublado de noviembre—emprenden el ascenso, con lentitud, batidos por la fusilería. Napoleón aguardaba noticias, impaciente. El coronel Piré se le acerca y le dice: «Imposible.» «Yo no conozco esa palabra», replicó Napoleón. Y volviéndose a su escolta, ordenó: «Tomadme eso al galope.»

El escuadrón polaco—150 jinetes—cubre en siete minutos 2.500 metros y se lanza sobre los cañones españoles. Entre los artilleros y los infantes cunde el desorden. Los milicianos, creyéndose envueltos, huyen. Tras el escuadrón, reducido a menos de la mitad, pasó el Ejército francés. El general San Juan se bate desesperado al frente de su Estado Mayor.



Cae herido, y su escolta le recoge; pero le reconocen los soldados fugitivos, que se creen traicionados, le atan a un árbol y le asesinan. Napoleón durmió esa noche en Buitrago. Poco después llegó sin resistencia a Chamartín (2 de diciembre de 1808).

En Madrid se constituye una Junta de Defensa, y el pueblo se decide a levantar barricadas y parapetos para la lucha. Las baterías francesas abren brecha en las casas junto a la Puerta de Alcalá. Napoleón temía que Madrid cubriera refuerzos que le atacaran por el flanco. Suspende el ataque e intima la rendición. Amenaza con pasar a cuchillo a toda la población si a las tres de la tarde no ondean banderas blancas en los campanarios. Madrid se rindió el 4 de diciembre, después de haber evacuado parte de las fuerzas y de haber salvado las personas desarmadas. El régimen napoleónico.

Las derrotas del pasado deben convertirse en victorias del presente. Hay que aprovechar las enseñanzas de la Historia. La madurez política y la conciencia de clase del proletariado madrileño harán que la historia no se repita. Madrid tiene hoy depositadas en sus manos la bandera mundial del socialismo. Y no la dejará caer, porque se llenaría de oprobio.

Los obreros de todo el mundo, los que cifran en el socialismo la única esperanza de salvación del mundo, dirigen hoy sus miradas ansiosas al pueblo madrileño. Madrid no se puede perder. Al Gobierno compete la selección de los jefes militares, y a las organizaciones sindicales y políticas volcar sobre el frente a todos sus elementos responsables y capaces que lleven a los milicianos la fe en el triunfo, la rígida disciplina y el impulso heroico que necesitan los luchadores del socialismo para lanzarse al ataque, arrojando el fuego de la artillería y de la aviación. ¡Ni un paso atrás!

HOJA SEMANAL DE LA ALIANZA DE INTELLECTUALES ANTIFASCISTAS PARA LA DEFENSA DE LA CULTURA